

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Miguel Ayuso: ¿DESPUÉS DEL LEVIATHAN? SOBRE EL ESTADO Y SU SIGNO ()*

Con este vibrante libro, viene a culminar su autor toda una larga serie de escritos suyos en los que, sobre todo, pero no exclusivamente, desde la experiencia española y un enfoque nacional, se plantea y profundiza la crítica de la modernidad democrática, que pretende constituirse en dogma, a modo de «political correctness» aniquiladora de una tradición multiseccular del pensamiento ético; porque, de lo que es tan sólo una forma de gobierno, con toda su relatividad histórica y coyuntural, se está queriendo extraer, no sólo una filosofía política, sino un dogma ético, por lo demás, razonablemente inadmisibile.

Para la fidelidad tradicionalista del autor valía ya como expresión suficiente su excelente libro «La filosofía jurídica y política de Francisco Elías de Tejada» (1994), pero el lector encontrará en este otro libro un compendio ajustado y lúcido de ideas, tradicionales pero siempre actuales, que valen como coordenadas fundamentales para la crítica política de hoy.

Como dice el autor (pág. 185) su planteamiento quiere ser fundamentalmente universal. En efecto, la incidencia de la experiencia española le ha servido, no para estrechar el enfoque de los problemas siempre actuales, sino para ampliar horizontes críticos, gracias a la singularidad de una tradición hispánica, que nunca participó propiamente en la revolución de la secularización europea, aunque se haya visto accidentalmente atraída, y hasta dominada, por ella en momentos de su historia, como el de la presente perplejidad de España, reducida a «país», es decir «paisaje».

(*) Speiro, Madrid 1996, 190 págs.

El título del libro alude, evidentemente, a la mitificación del «Estado» como «Leviathan», por Hobbes, en contraposición al anti-Estado o «Behemoth», que, en algún momento, llegó a identificar Hobbes con la Iglesia, por una profunda comprensión de ésta como principal obstáculo para la consolidación del Estado.

Se trata, pues, en todo caso, de prever un futuro «después» de que se consume la actual crisis del Estado. Concretamente, puede haber influido en la elección de este título el otro reciente libro italiano, que él cita (pág. 186, n. 271): «Dopo il Leviatano. Individuo e comunità nella filosofia politica» (1995); su autor, Giacomo Marramao, pertenece al grupo de pensadores no-conformistas con la democracia, que colabora en la nueva revista italiana «De cive», que Antonio Caracciolo acaba de lanzar en sustitución de la anterior «Behemoth»; de todos modos, el autor no se identifica con Marramao, en el que advierte «cierto toque cabalístico» (pág. 186); esta dolencia, por lo demás, es propia de cualquier planteamiento que acuda, con Hobbes, a la asimilación del Estado con el monstruo bíblico «Leviathan»; esto, a pesar, en mi opinión, del modesto papel bíblico de ese monstruo marino, que tampoco aparece enfrentado, en la Biblia, con el otro de «Behemoth»: me parece que el dragón marino y el hipopótamo no pasan de ser figuras exóticas para la mentalidad judía, y que sólo abusivamente pueden servir para personificar el «Estado» u otra cosa contraria. Pero, en todo caso, tenemos hoy la convención de identificar el «Leviathan» con el «Estado», como forma política de la Edad Moderna. Y de su crisis se trata en este libro.

El libro se divide en tres partes: la primera («Retrospectiva») sobre el origen histórico del Estado; la segunda («Perspectiva»), sobre la crisis actual del Estado, en el tránsito de la modernidad a la post-modernidad; y la tercera («Prospectiva») sobre las previsiones de superación de esa crisis. Dentro de ese discurso general se van hilvanando congruentemente las ideas que nos brinda el autor.

En los cuatro capítulos de la primera parte, recuerda el autor las formas de comunidad social —el adjetivo «político», resulta, en cierto modo, anticipativo, por la afinidad del «Estado» moderno con la «polis» griega— pre-estatales, las «fracturas» del orden político medieval y la contradicción hispánica —su distanciamiento de-

pende sobre todo de la Paz de Westfalia de 1648, culminación de la revolución luterana—, la conversión de las monarquías absolutas en «Estados liberales», en concreto, del «Estado de bienestar», y el análisis de los elementos constitutivos del nuevo Estado: población (o nación), territorio y soberanía. (Me remito a mi definición de «Estado» en «Verbo» nº 345-346, pág. 514).

Esta primera parte era necesaria para evitar el error de creer que toda organización social de un poder de gobierno es ya un «Estado», siendo así que el «Estado» aparece tan sólo en la Edad Moderna, como instrumento superior de las guerras de religión. Es más, aunque el autor parece considerar que «lo stato» de Maquiavelo es ya un «Estado» (pág. 25), pienso que esa palabra tiene en Maquiavelo todavía el sentido latino de *status rei publicae*, es decir, de seguridad y estabilidad del poder —ahora, el personal del «Príncipe»—; así, no creo que se pueda hablar del «Estado» en época de nuestros Reyes Católicos, a pesar del evidente fortalecimiento del poder regio. Y, como el autor acertadamente afirma, los Austrias no se apartan de la actitud antiestatal —y hasta «antipolítica»— de los pensadores de su época.

En la segunda parte del libro se describe con firmes trazos el fenómeno de la actual crisis del Estado en relación con el tránsito de la modernidad a la postmodernidad. A la crisis del Estado se refiere el primer capítulo de esta segunda parte, y siguen otros capítulos sobre el retorno a la primacía de lo social —«más Sociedad y menos Estado»—, al predominio de lo económico sobre lo político, al agotamiento ético del mundo actual, y finalmente, al aniquilador pluralismo de la «multicultura».

Aparece claramente en esta parte la relación del liberalismo con el individualismo y con el resultado de la economía capitalista como rectora de toda la vida social, con la inevitable consecuencia de atribuir el poder real al control financiero del mundo —la «sinarquía» (pág. 187)—, en complicidad con el favor del Estado: éste vive de los beneficios del capitalismo, al que, naturalmente, concede la protección institucional necesaria.

Congruente con este predominio de la Economía es la imposición del lacismo y la ruina de una Ética objetiva, no puramente conven-

cional y, por ello, accidental: de libertad «de las conciencias», como lema del agnosticismo, frente a la tradicional libertad teológica «de la conciencia» como presupuesto de la responsabilidad humana.

La «Prospectiva» final se ofrece como la búsqueda de una solución ante la crisis, al parecer irreversible, de la organización estatal del mundo. Es explicable que esta «prospectiva» esté determinada por la actitud personal del autor ante los hechos detectables, y que él ha analizado en la «perspectiva» anterior.

Esta personal actitud del autor depende de la falaz conversión de lo que es una forma de gobierno, la democracia, en una filosofía totalitaria; por lo que se puede hablar de un «totalitarismo democrático» (pág. 127), muy distanciado de aquel primer liberalismo del que procede: la libertad de expresión, por ejemplo, queda abolida cuando se dice algo contrario a los signos totalitarios de la democracia. Se puede observar así cómo lo que empieza como permisivismo moral acaba por convertirse en coacción social, incluso estatal; tal es el caso de las «liberadoras» técnicas contraconceptivas, que acaban por servir a un control de natalidad coactivo.

Frente a las falacias democráticas, el autor empieza por requerir una recuperación ética, de restauración de una «invariante moral» (según la expresión del Obispo Guerra Campos), y, en concreto, de la observancia de un derecho natural, que es expresión racional de la responsabilidad humana dentro del orden de la creación divina.

Por otro lado (cap. 3 de esta tercera parte), la necesidad de revitalizar las instituciones sociales y de un recto sentido del bien común, que la modernidad identificó con el «bien público», y la postmodernidad, con el «bien de los privados» (pág. 150 ss.). Porque lo que me parece que late en estos errores es el de haber sustituido el concepto moral de «bien» por el económico de «interés» es evidente que puede haber contradicción entre el «interés público» y el «interés privado», en tanto respecto al «bien» no puede darse tal contradicción, pues el bien público es también de los individuos, y viceversa.

Trata luego (cap. 4), en relación con lo anterior, de la necesidad de superar la actual oligarquía partitocrática. Dentro de esta necesidad de reorganización política entra, según el autor, el neocorporativismo,

que Zampetti ha llamado de «democracia representativa» y el autor prefiere llamar «participativa» (pág. 168 ss.); se trata de una «reconstitución orgánica de la nación», en el sentido que ha defendido Vallet de Goytisolo. Entra también, a este propósito, la idea de la «foralidad» como versión hispánica del principio de subsidiariedad.

Un último capítulo (cap. 5) se dedica a la «refundación nacional» como remedio contra la desintegración actual de las identidades nacionales —el autor piensa, inevitablemente, en España, sobre todo— y destrucción de las naturales agrupaciones de naciones —a modo de «naciones de naciones» (pág. 183)—, como sucesores de antiguos imperios, lo que apunta, en mi opinión, aunque el autor no lo diga expresamente, a los posibles «grandes espacios» del futuro.

Cierra el libro una conclusión (cap. 6) en la que se ajusta la orientación general del autor frente a las contradicciones insalvables de la postmodernidad, resultado fatal, por lo demás, de los errores de la modernidad.

Es claro que en la «Prospectiva» es donde inciden más decisivamente los presupuestos teológicos y filosóficos del autor, y donde, en consecuencia, la reacción del lector puede resultar menos segura; pero yo debo reconocer mi identificación personal en esa línea de pensamiento que tan inteligentemente viene desarrollando el autor. Cuantos defendemos una restauración tradicional podemos encontrar en este libro un reflejo sublimado de nuestro propio pensamiento. Porque, precisamente por la pretensión de ser «tradicional», siente uno cierta incomodidad e inseguridad cuando lo que uno defiende se considera como algo personal. En el espejo del autor, en cambio, se encuentra uno integrado en un conjunto de actitudes afines. Aunque cada expresión personal de esa tradición pueda ofrecer distintos matices, éstos no son más que reflejos accidentales de un cuerpo doctrinal único, como sucede con la misma luz solar reflejada en los colores. Y puede uno encontrarse confortado al encontrarse en el consorcio de autores afines, aunque no haya uno sabido captar su pensamiento de modo suficiente para una adhesión sin más. La experiencia vital de todos puede haber sido bastante común, pero

las circunstancias personales de formación intelectual pueden impedir la exacta coincidencia en la común fidelidad a la tradición. Para mí resulta confortante verme asociado a autores de superior categoría, con los que he convivido en mayor o menor medida: la autoridad de ya fallecidos como Vegas Latapié, con el que, aunque él unos años mayor, coincidí en el Doctorado de la Central, en 1940 —recuerdo un examen extraordinario, para los dos solos, que nos hizo Alfonso García Valdecasas: una coincidencia memorable—; como Leopoldo Palacios, amigo desde el Bachillerato; como el eminente Francisco Elías de Tejada, con el que coincidí en la terminación de la carrera y mantuve amistad; aunque, en cierto momento, él dejó de tener hacia mí —me llegó a censurar de «calvinista»— la admiración que yo tenía por él, siempre atribuí esta quiebra a razones especiales como su discrepancia acerca de la «unidad de vida», y no impidió que le siga reconociendo como gran teórico de la tradición; basta el libro de Miguel Ayuso sobre él para justificar mi reconocimiento de su autoridad. Luego, otras figuras de autores afortunadamente vivos, como Francisco Canals, Rafael Gamba y los para mí hospitalarios Vallet de Goytisolo y Miguel Ayuso, autor del libro que ahora comento. Y hay más, que sería largo de mencionar.

Pero, tras este primer plano de pensamiento tradicionalista español, el autor de este libro nos descubre un horizonte más universal, en el que nuestro pensamiento español viene a integrarse como actual y no exclusivamente nacional: figuras de todo el mundo como las de Bertrand de Jouvenel, Jean Madiran, Marcel de Corte, Louis Salleron, Michel Villey, Thomas Molnar, Frederick Wilhelmsen —inolvidable amigo mío—, Danilo Castellano y tantos otros (se echa de menos en este libro un índice de personas), vienen a integrar el tradicionalismo español en un horizonte universal muy actual.

Porque las circunstancias mundiales de hoy no permiten percibir la importancia de todo el actual pensamiento antimodernista. La tiranía de los medios de difusión coarta la recepción de ese pensamiento, por el agobio propagandístico de los tópicos democráticos de la «political correctness», pero esa fuerte corriente de pensamiento, aunque tendenciosamente silenciada por los «dominadores de este mundo», existe realmente, y se puede reconocer precisa-

mente por su racionalidad y excepcional categoría intelectual, muy por encima de la nauseabunda tónica «progresista» de los corifeos de la democracia.

ALVARO D'ORS.

Angel Maestro et al: RAZONALISMO. HOMENAJE A FERNANDEZ DE LA MORA (*)

Por iniciativa de una comisión constituida por Ricardo de la Cierva, Rodrigo Fernández Carvajal, José Lois Estévez, Dalmacio Negro Pavón, Juan Velarde Fuertes y Angel Maestro, que actuó como secretario, aparece esta obra homenaje a Gonzalo Fernández de la Mora con motivo de su septuagésimo aniversario. En ella participan 90 colaboradores que han querido dejar constancia de su relación amistosa y del justo y merecido homenaje para con una de las más importantes personalidades de la cultura española de la segunda mitad de este siglo.

Aunque de diversa y desigual factura, prácticamente todas las contribuciones —incluso la mayoría de las once últimas, clasificadas como de «varia lección»— se refieren directamente a la figura y a la obra de Gonzalo Fernández de la Mora, o, indirectamente, a temas por él tratados. Así, entre las primeras, encontramos desde las que constituyen testimonios de amistad, hasta las que son verdaderas monografías sobre aspectos concretos de su labor y su pensamiento. Sin ignorar al diplomático ni al político ni su gestión pública al frente del Ministerio de Obras Públicas, es sobre todo el intelectual el que merece, con mucho, la mayor atención.

Diecinueve autores se ocupan del autor, en tres capítulos que abarcan los antecedentes, la juventud y la madurez: Desde Fernández de la Cigüña, con «Mon, un apellido en la historia», hasta Utrera

(*) Fundación Balmes, Madrid, 1995, (17x24 cm.), 621 págs.